

# Anomia moral china

[Julio Arias](#)

*Hace 57 años, los chinos cambiaron sus valores tradicionales por los maoístas. Ahora dicen adiós a esta ideología, barrida por los antivalores de un capitalismo salvaje, sin tener otra guía. Sufren una anomia moral que Pekín quiere curar con una desconcertante mezcla de Confucio, Marx y exaltación del éxito económico.*



Mao Zedong acabó con los usos, costumbres y leyes ancestrales del antiguo Imperio Celeste. Al eliminar las arcaicas instituciones asociadas a la vida agraria (patriarcado, servidumbre y estratificación social), alcanzó su objetivo de crear una sociedad nueva. Al mismo tiempo, introdujo conceptos modernos de justicia social que fueron rápidamente asimilados, es decir, deshizo un sistema de valores tradicionales y lo reemplazó por otro: el socialismo igualitario. No obstante, al llevar este modelo al extremo (sobre todo durante la Revolución Cultural), el líder de la República Popular sentó las bases de su destrucción.

Su fervor revolucionario llevó al país entero al borde del precipicio, el todopoderoso Partido Comunista Chino (PCCh) quedó hecho añicos y sus dirigentes fueron eliminados. Para salvarse, Pekín decidió abandonar el maoísmo. De sus cenizas surgió el pragmatismo del diminuto Deng Xiaoping, que abogó por una liberalización paulatina de

la economía y por despejar un poco el camino a nuevas ideas de naturaleza política y social. Sin embargo, la apertura fue efímera: tras la tragedia de Tiananmen se exhortó al ciudadano a evitar cuestiones sociales o políticas y concentrarse en "hacerse rico". Es entonces, en los 90, cuando se soltaron finalmente las amarras normativas e ideológicas que sostenían la sociedad. Los mecanismos de control social se relajaron y se abrió la puerta a la empresa privada. Lo que quedaba del sistema de valores socialista dejó de funcionar, creando un gran vacío.

**En sus 57 años de existencia, el fervor iconoclasta de la China comunista se ha llevado por delante dos sistemas de valores colectivos: el tradicional y el maoísta, pero no los ha reemplazado por nada**

De esta manera, en sus 57 años de existencia, el fervor iconoclasta de la China comunista se ha llevado por delante un sistema de valores colectivos, o en realidad dos: el tradicional y el maoísta. Pero no han sido reemplazados por nada. El vacío resultante ha causado un fenómeno de anomia en la sociedad, que carece de una brújula de principios cívicos, políticos, laicos o religiosos que les ayude a mantener el rumbo a través de la tumultuosa transformación social y económica que está viviendo. La falta de respeto por las normas de tráfico o la ausencia de actitudes cívicas basadas en valores comunes son ejemplos fácilmente perceptibles en cualquier ciudad, pero el problema es de fondo. ¿Qué consecuencias tiene la pérdida de valores normativos en el tejido social, político y económico? ¿Qué significado tiene para el ciudadano?

## **REDECORANDO LA VIDA**

Paradójicamente, la anomia ha producido algunos efectos positivos. Por ejemplo, el desmantelamiento del antiguo conjunto de valores —que no diferenciaba el ámbito público del privado— ha facilitado la creación de espacios personales, sobre todo para los jóvenes. El PCCh controlaba los aspectos más reservados de su vida. Decidía dónde podían trabajar después de la universidad, con quién podían casarse e incluso si podían tener hijos. Hoy, los estudiantes deciden por sí mismos si quieren un empleo en una empresa del país, en una multinacional o prefieren opositar a un cargo público.

Que la juventud se haya emancipado sexualmente es consecuencia directa de estos cambios. En el antiguo sistema, las manifestaciones de afecto en presencia de otras personas eran consideradas como actos desviados. Los militantes de base del partido patrullaban las calles en busca de parejas a las que censurar. Por fortuna, éstas ya no tienen que esconderse tras los arbustos de un parque para besuquearse. La espontaneidad se nota por la calle, y los tabúes y el qué dirán son cosa del pasado. De hecho, los enamorados celebran el día de San Valentín por todo lo alto.

No obstante, el fin del maoísmo ha creado una gigantesca brecha generacional. Los mayores crecieron en una sociedad que exaltaba los valores de sacrificio, altruismo y los modelos de conducta de héroes revolucionarios como Lei Feng —el mayor símbolo chino del sacrificio por los demás, que dedicó todo su tiempo libre al trabajo voluntario y a las causas sociales, y que murió en un trágico accidente a los 22 años—, que contrastan con el egoísmo y el materialismo de la juventud de hoy.



A dos velocidades: el nuevo ritmo de los tiempos convive con lo que queda de la vieja ética maoísta.

El fin del maoísmo supone también el fin del tradicional culto al emperador. Porque, pese a todo, Mao tenía bastante de confuciano y, en buena parte, se puede decir que representaba la continuidad con el antiguo sistema. Por eso fue objeto de veneración en todo el país, sobre todo en las zonas rurales.

Por otro lado, las corrientes religiosas que el líder chino quiso suprimir han resurgido: el fin del monopolio maoísta en el terreno de lo simbólico ha fomentado un redescubrimiento de la religión. Que la fe vuelva a jugar un papel importante, tras cinco décadas en las que el poder destruyó en su práctica totalidad el tejido de las diferentes comunidades espirituales chinas, es prueba del vacío moral existente. Hoy, según cálculos conservadores, existen más de cien millones de creyentes en el país asiático, principalmente budistas, cristianos y musulmanes, aunque también han proliferado confesiones menos convencionales. Pero el renacer religioso no quiere decir que China sea una futura cuna de integristas. La función de la religión para el individuo o la colectividad es aún ambigua y en algunos casos incluso cómica. Cualquier visita a un templo budista chino chocará al observador por la infinidad de tenderetes que ofrecen desde comida rápida hasta *souvenirs*, hasta el punto de que uno no sabe si está en un centro comercial o espiritual. Muchos de los nuevos devotos apenas saben rezar, y la ocasional visita de un peregrino tibetano les resulta sorprendente y fascinante, como si fuera de otro mundo. En la mismísima Ciudad Prohibida, la *Meca china*, las placas que explican la historia de cada uno de los elegantes pabellones están patrocinadas por American Express. Y para colmo, uno de ellos alberga una cafetería Starbucks. ¿Sacrilegio o pragmatismo?

### **‘ANTIVALORES’ AL ABORDAJE**

Pero si la emancipación social o el redescubrimiento de valores tradicionales son consecuencias positivas de esta anomia china, otros efectos son más difíciles de catalogar. En el terreno económico, se ha establecido súbitamente un capitalismo turbulento, con prisas y a lo loco, basado en la deshonestidad, el oportunismo y la frivolidad. Se reconoce por la extravagancia de los nuevos ricos: el *karaoke*, el Coñac XO (Extra Old o extra añejo), los coches de lujo y la prostitución. El afán de lucro, que en la lógica de la economía planificada carecía de sentido, se ha convertido de la noche a la mañana en el principal catalizador de cambio social. Tras el derrumbe de los patrones de conducta asociados con el socialismo, se imponen los *antivalores* del capitalismo salvaje. De repente, millones de burócratas y campesinos se han convertido en empresarios, no a la rusa, porque el Gobierno sigue al mando de las grandes empresas, pero sí utilizando su ingenio para sacar beneficio donde y como pueden. Así,

existe una disyuntiva entre las metas culturales (por ejemplo, el éxito económico) y los medios institucionales disponibles en la China actual, algo que guarda semejanzas con ciertos casos de anomia en Estados Unidos durante su proceso de industrialización.

Uno de los ejemplos más notables de esta encrucijada es la industria china de falsificaciones, que en pocos años ha terminado por dominar el comercio ilegal de productos falsos (en la UE, más del 70% de las copias incautadas en aduanas proviene de China). La dimensión de este problema pone de relieve la indiferencia de empresas y autoridades por el cumplimiento de las normas, en este caso las leyes de protección de los derechos de propiedad intelectual. En algunas ocasiones, el sistema tolera la industria falsificadora, incluso cuando el vínculo con el crimen organizado es evidente. El relativismo (o cinismo) en la aplicación de estas normas resalta el contraste entre las leyes y la apatía normativa. Los valores forman la base de las normas de una sociedad, pero en este caso no hay principios aparentes, lo que deja en evidencia el grado de desorganización social actual. Los *piratas* aprovechan esta situación para apropiarse de derechos intelectuales y perseguir sus objetivos lucrativos. Y no es que sea un problema que afecte sólo a los extranjeros. Al contrario: el 95% de los casos contra falsificadores de marcas son iniciados por empresas chinas, según datos oficiales.

**Los miembros más destacados de la emergente sociedad civil no son consumidores altruistas ni ONG al servicio de causas nobles, sino mafias locales, grupos de estudiantes ultranacionalistas, empresas piratas y sectas clandestinas**

El vacío en el terreno cultural también ha facilitado el establecimiento de una incipiente sociedad civil, es decir, de un espacio público paralelo pero al mismo tiempo separado del Estado. Pero sus miembros más destacados no son grupos de consumidores altruistas ni solidarias ONG al servicio de causas nobles y justas. Son mafias locales, grupos estudiantiles ultranacionalistas, empresas *piratas* y sectas clandestinas. Este fenómeno está ligado a la situación de anomia social. Por ejemplo, el ultranacionalismo cubre un vacío ontológico en situaciones de rápidos cambios sociales, donde la desintegración de las estructuras sociales da lugar a desorientación o pérdida de identidades. Esto explica por qué los

ultranacionalistas han ganado protagonismo en los últimos tiempos, sobre todo entre las incipientes clases medias, como se hizo patente, por ejemplo, durante la violenta ola de protestas antijaponesas el año pasado, cuando los radicales tomaron las riendas de manifestaciones supuestamente "controladas". Las autoridades no tienen más remedio que tolerar este fenómeno porque el nacionalismo es ahora el único valor capaz de movilizar a la población. No obstante, a veces se ven obligadas a intervenir para moderar las pasiones. No hace mucho cancelaron el estreno de la película *Memorias de una geisha* por la violenta reacción de la sociedad civil en el ciberespacio del país asiático. ¡Varios *blogs* amenazaban a la diva china Zhang Ziyi por "dejarse besar" por un actor japonés!

El auge de la criminalidad también es otra manifestación de la creciente anomia, tanto en las ciudades como en las zonas rurales. Las mafias del tráfico de personas ofrecen un ejemplo de las ramificaciones globales del problema. Sus capos, llamados "cabezas de serpiente" (*shetou*), operan en diversas provincias, sobre todo en Zhejiang y Fujian, desde donde organizan sus operaciones internacionales. La abundancia de personas dispuestas a emprender el peligroso trayecto como polizones en barcos de carga destinados a Europa alimenta sus actividades delictivas.

Para los inmigrantes chinos que llegan a Europa, el cambio radical de contexto cultural, así como la existencia de fuertes lazos comunitarios con gente de su propia ciudad o pueblo, que a menudo ni siquiera hablan bien el *putonghua* (mandarín), significa que la situación de anomia, lejos de solucionarse, adquiere una dimensión adicional, complicando aún más las nociones de identidad de las nuevas diásporas chinas.





**Retablo de los nuevos valores**

**chinos:** (de izquierda a derecha, y de arriba abajo) una pareja se besa en plena calle el día de los enamorados en Shanghai, en febrero; ciudadanos chinos se manifiestan contra Japón por la forma en que el archipiélago interpreta la historia y la guerra entre ambos países, en abril de 2005, en Pekín; la *megaestrella* china Zhang Ziyi y el japonés Ken Watanabe, en un fotograma de *Memorias de una geisha*; mujeres católicas rezan en la iglesia de

## OLIMPIADAS IDEOLÓGICAS

Los desequilibrios sociales en esta época de profundos cambios inquietan a las autoridades, cuya legitimidad radica tanto en lograr el crecimiento económico como en garantizar el orden público. Pekín teme que la cadena de mando administrativa, de la que depende para gobernar este inmenso país, esté debilitándose debido a la corrupción de los funcionarios locales, el abuso de poder y el clientelismo que les une a los empresarios y mafias. Quieren socializar a éstas y otras fuerzas centrífugas (población flotante, crimen organizado...); es decir, crear mecanismos de integración social y política a través de la internalización de valores comunes. Pero, dada la escasez de estos principios, el partido se ve obligado a desarrollar nuevas recetas ideológicas. De sus laboratorios surgen varios planteamientos: las "tres representaciones", una fórmula patrocinada por el ex secretario general del PCCh, Jiang Zemin, para justificar la integración de los nuevos ricos en el partido, o programas "retro" dedicados al estudio y difusión del marxismo, que, según el presidente Hu Jintao, "todavía está vigente en China". Hu incluso ha invocado al mismísimo Confucio al insistir en la creación de una "sociedad armoniosa". El confucianismo valora la idea de armonía social y además invita al individuo a obedecer al emperador, al menos si éste ejerce sus poderes de manera benevolente. El popurrí de ideas resultantes, algunas nuevas y otras conocidas, ilustra las dificultades a las que se enfrentan los dirigentes a la hora de crear nuevo contenido moral para el comunismo chino, monumental tarea que absorbe gran parte de sus energías.

Según las definiciones clásicas, hoy el *gigante asiático* sufre anomia aguda: no sólo las normas y su cumplimiento no se consideran importantes, sino que las reglas no están claramente establecidas ni existe consenso sobre cómo deben interpretarse. A falta de valores legítimos, las instituciones (la escuela, el Ejército, el Partido Comunista, los organismos de propaganda...) aseguran la conformidad y proporcionan la cohesión social necesaria para lograr la principal meta cultural: modernizarse y convertir a China en un país fuerte y respetado en el ámbito internacional. De hecho, la anomia y sus efectos (desorden social y conducta desviada como delincuencia, toxicomanía o gamberrismo) sirven al PCCh para justificar la necesidad del control social.







## Los ocho mandamientos de Hu

Ante la ola de corrupción oficial, la pérdida de valores, el creciente descontento social, y el debate sobre la naturaleza del socialismo, los dirigentes están intentando recuperar el rumbo ético y moral.

El presidente Hu Jintao, que desde su llegada al poder ha prestado bastante atención a estos problemas, ha decidido poner en marcha una serie de campañas de educación ética.



Durante la última sesión de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino, un órgano estatal de asesoramiento político donde se discuten anualmente asuntos de interés público, Hu presentó oficialmente el "concepto socialista de honor y deshonor", que ensalza ocho principios: el patriotismo, la dedicación en el trabajo, la frugalidad en el estilo de vida, la adopción de principios científicos, el deseo de servir al público, la solidaridad, la honradez y la observación de la ley. Los organismos de propaganda afirman que este concepto "conjuga perfectamente los valores tradicionales chinos con virtudes modernas". Estos mandamientos serán

tareas de estudio obligatorias para los más de setenta millones de miembros del partido, así como para los soldados del Ejército de Liberación Popular. Se prevé también incorporar

---

## ¿MANO DURA O MANO INVISIBLE?

No obstante, una sociedad regulada por normas que unen a los ciudadanos a través de valores comunes gozará de una base social más estable que otra fundamentada en la obediencia o la coerción como principios integradores. Las últimas iniciativas oficiales que hacen hincapié en la justicia social indican que el Gobierno quiere establecer un marco de reglas basado en una combinación de virtudes a la vez patrióticas y socialistas. Queda por ver si estos objetivos políticos se pueden traducir en un sistema de valores y si éstos serán compatibles con una sociedad en transición, donde los diferentes actores sociales ya no comparten el mismo espacio social y psicológico, como lo hicieron durante la época maoísta.

El cambio rápido, la anomia y la desintegración social son fenómenos naturales en sociedades en plena transformación. En Asia, países como Corea del Sur y Taiwan vivieron experiencias similares: pasaron rápidamente de sociedades militares a sociedades industriales. Al abandonar sus antiguos valores *marciales* tuvieron que crear un nuevo sistema basado en los principios de convivencia cívica.

Adoptar estos valores, sustentados en la defensa de las libertades del ciudadano dentro de un Estado de Derecho que garantice la justicia social y la igualdad de oportunidades que los dirigentes chinos hoy prometen sería la conclusión lógica para el Imperio del Centro, cuya sociedad es cada vez más plural. Estas ideas, además, serían congruentes con las reformas económicas efectuadas en los últimos años. Sin embargo, esta solución sería contraria a los intereses del partido, ya que, para realizar una transición completa, sería necesario reformar el sistema político. He ahí el dilema. Los dirigentes temen perder el control político, por lo que prefieren la seguridad de viejas fórmulas ideológicas. De ahí que Marx, Mao e incluso Confucio vuelvan a estar de moda. En su lucha por mantener la cohesión social, los dirigentes chinos prefieren el Gobierno de la "mano dura" al de la "mano invisible".

---

## [¿Algo más?]

La anomia como concepto sociológico nació de la mano de teóricos como Emile Durkheim, Talcott Parsons y Robert Merton, que se interesaban por el cambio social en las sociedades industriales. Para saber cómo sucedieron estos cambios en China conviene ver *Adiós a mi concubina*, del realizador Chen Kaige, que, aparte de ser una fascinante historia de amistad, amor y celos en tiempos turbulentos, ofrece un ejemplo de la destrucción de los valores tradicionales chinos durante la Revolución Cultural. En *Cisnes salvajes* (Círculo de Lectores, Barcelona, 1994), la escritora Jung Chang teje cuidadosamente una narrativa a la vez personal e histórica sobre los drásticos cambios en la nueva sociedad socialista basada en las experiencias de tres generaciones de mujeres en la China del siglo XX. En *Mr. China* (Constable and Robinson, Londres, 2004), Tim Clissold relata su experiencia personal en el turbio mundo de los negocios en la China de los años 90, donde el fondo de inversión de Wall Street que cogestionaba llegó a perder 400 millones de dólares (unos 330 millones de euros).

Foreign Policy

Edición Española ha analizado el *gigante asiático* desde todos los aspectos posibles: 'Las desventuras de Tintín en China (diciembre/enero 2006); 'Las empresas chinas saltan la muralla' (diciembre/enero 2005); 'El ascenso de China (febrero/marzo 2005); China, la mayor audiencia del mundo' (abril/mayo 2004), y 'El poder blando de China' (agosto/septiembre 2005). Christopher Hughes escribe sobre el fenómeno ultranacionalista en Internet en 'Nationalism in Chinese Cyberspace' (*Cambridge Review of International Affairs*, primavera-verano, 2000), así como Paul Money en 'Internet Fans Flames of Chinese Nationalism', recientemente publicado en *YaleGlobal Online* ([www.yaleglobal.yale.edu/display.article?id=5516](http://www.yaleglobal.yale.edu/display.article?id=5516)).

*Hace 57 años, los chinos cambiaron sus valores tradicionales por los maoístas. Ahora dicen adiós a esta ideología, barrida por los antivalores de un capitalismo salvaje, sin tener otra guía. Sufren una anomia moral que Pekín quiere curar con una*

*desconcertante*

Page 15  
mezcla de Confucio, Marx y exaltación del éxito económico.

[Julio Arias](#)



Mao Zedong acabó con los usos, costumbres y leyes ancestrales del antiguo Imperio Celeste. Al eliminar las arcaicas instituciones asociadas a la vida agraria (patriarcado, servidumbre y estratificación social), alcanzó su objetivo de crear una sociedad nueva. Al mismo tiempo, introdujo conceptos modernos de justicia social que fueron rápidamente asimilados, es decir, deshizo un sistema de valores tradicionales y lo reemplazó por otro: el socialismo igualitario. No obstante, al llevar este modelo al extremo (sobre todo durante la Revolución Cultural), el líder de la República Popular sentó las bases de su destrucción.

Su fervor revolucionario llevó al país entero al borde del precipicio, el todopoderoso Partido Comunista Chino (PCCh) quedó hecho añicos y sus dirigentes fueron eliminados. Para salvarse, Pekín decidió abandonar el maoísmo. De sus cenizas surgió el pragmatismo del diminuto Deng Xiaoping, que abogó por una liberalización paulatina de la economía y por despejar un poco el camino a nuevas ideas de naturaleza política y social. Sin embargo, la apertura fue efímera: tras la tragedia de Tiananmen se exhortó al ciudadano a evitar cuestiones sociales o políticas y concentrarse en "hacerse rico". Es entonces, en los 90, cuando se soltaron finalmente las amarras normativas e ideológicas que sostenían la sociedad. Los mecanismos de control social se relajaron y se abrió la puerta a la empresa privada. Lo que quedaba del sistema de valores socialista dejó de funcionar, creando un gran vacío.

**En sus 57 años de existencia, el fervor iconoclasta de la China comunista se ha llevado por delante dos sistemas de valores colectivos: el tradicional y el maoísta, pero no los ha reemplazado por nada**

De esta manera, en sus 57 años de existencia, el fervor iconoclasta de la China comunista se ha llevado por delante un sistema de valores colectivos, o en realidad dos: el tradicional y el maoísta. Pero no han sido reemplazados por nada. El vacío resultante ha causado un fenómeno de anomia en la sociedad, que carece de una brújula de principios cívicos, políticos, laicos o religiosos que les ayude a mantener el rumbo a través de la tumultuosa transformación social y económica que está viviendo. La falta de respeto por las normas de tráfico o la ausencia de actitudes cívicas basadas en valores comunes son ejemplos fácilmente perceptibles en cualquier ciudad, pero el problema es de fondo. ¿Qué consecuencias tiene la pérdida de valores normativos en el tejido social, político y económico? ¿Qué significado tiene para el ciudadano?

### **REDECORANDO LA VIDA**

Paradójicamente, la anomia ha producido algunos efectos positivos. Por ejemplo, el desmantelamiento del antiguo conjunto de valores —que no diferenciaba el ámbito público del privado— ha facilitado la creación de espacios personales, sobre todo para los jóvenes. El PCCh controlaba los aspectos más reservados de su vida. Decidía dónde podían trabajar después de la universidad, con quién podían casarse e incluso si podían tener hijos. Hoy, los estudiantes deciden por sí mismos si quieren un empleo en una empresa del país, en una multinacional o prefieren opositar a un cargo público.

Que la juventud se haya emancipado sexualmente es consecuencia directa de estos cambios. En el antiguo sistema, las manifestaciones de afecto en presencia de otras personas eran consideradas como actos desviados. Los militantes de base del partido patrullaban las calles en busca de parejas a las que censurar. Por fortuna, éstas ya no tienen que esconderse tras los arbustos de un parque para besuquearse. La espontaneidad se nota por la calle, y los tabúes y el qué dirán son cosa del pasado. De hecho, los enamorados celebran el día de San Valentín por todo lo alto.

No obstante, el fin del maoísmo ha creado una gigantesca brecha generacional.

Los mayores crecieron en una sociedad que exaltaba los valores de sacrificio, altruismo y los modelos de conducta de héroes revolucionarios como Lei Feng —el mayor símbolo chino del sacrificio por los demás, que dedicó todo su tiempo libre al trabajo voluntario y a las causas sociales, y que murió en un trágico accidente a los 22 años—, que contrastan con el egoísmo y el materialismo de la juventud de hoy.



A dos velocidades: el nuevo ritmo de los tiempos convive con lo que queda de la vieja ética maoísta.

El fin del maoísmo supone también el fin del tradicional culto al emperador. Porque, pese a todo, Mao tenía bastante de confuciano y, en buena parte, se puede decir que representaba la continuidad con el antiguo sistema. Por eso fue objeto de veneración en todo el país, sobre todo en las zonas rurales.

Por otro lado, las corrientes religiosas que el líder chino quiso suprimir han resurgido: el fin del monopolio maoísta en el terreno de lo simbólico ha fomentado un redescubrimiento de la religión. Que la fe vuelva a jugar un papel importante, tras cinco décadas en las que el poder destruyó en su práctica totalidad el tejido de las diferentes comunidades espirituales chinas, es prueba del vacío moral existente. Hoy, según cálculos conservadores, existen más de cien millones de creyentes en el país asiático, principalmente budistas, cristianos y musulmanes, aunque también han proliferado confesiones menos convencionales. Pero el renacer religioso no quiere decir que China sea una futura cuna de integristas. La función

de la religión para el individuo o la colectividad es aún ambigua y en algunos casos incluso cómica. Cualquier visita a un templo budista chino chocará al observador por la infinidad de tenderetes que ofrecen desde comida rápida hasta *souvenirs*, hasta el punto de que uno no sabe si está en un centro comercial o espiritual. Muchos de los nuevos devotos apenas saben rezar, y la ocasional visita de un peregrino tibetano les resulta sorprendente y fascinante, como si fuera de otro mundo. En la mismísima Ciudad Prohibida, la *Meca china*, las placas que explican la historia de cada uno de los elegantes pabellones están patrocinadas por American Express. Y para colmo, uno de ellos alberga una cafetería Starbucks. ¿Sacrilugio o pragmatismo?

### **‘ANTIVALORES’ AL ABORDAJE**

Pero si la emancipación social o el redescubrimiento de valores tradicionales son consecuencias positivas de esta anomia china, otros efectos son más difíciles de catalogar. En el terreno económico, se ha establecido súbitamente un capitalismo turbulento, con prisas y a lo loco, basado en la deshonestidad, el oportunismo y la frivolidad. Se reconoce por la extravagancia de los nuevos ricos: el *karaoke*, el Coñac XO (Extra Old o extra añejo), los coches de lujo y la prostitución. El afán de lucro, que en la lógica de la economía planificada carecía de sentido, se ha convertido de la noche a la mañana en el principal catalizador de cambio social. Tras el derrumbe de los patrones de conducta asociados con el socialismo, se imponen los *antivalores* del capitalismo salvaje. De repente, millones de burócratas y campesinos se han convertido en empresarios, no a la rusa, porque el Gobierno sigue al mando de las grandes empresas, pero sí utilizando su ingenio para sacar beneficio donde y como pueden. Así, existe una disyuntiva entre las metas culturales (por ejemplo, el éxito económico) y los medios institucionales disponibles en la China actual, algo que guarda semejanzas con ciertos casos de anomia en Estados Unidos durante su proceso de industrialización.

Uno de los ejemplos más notables de esta encrucijada es la industria china de falsificaciones, que en pocos años ha terminado por dominar el comercio ilegal de productos falsos (en la UE, más del 70% de las copias incautadas en aduanas proviene de China). La dimensión de este problema pone de relieve la indiferencia de empresas y autoridades por el cumplimiento de las normas, en este caso las leyes de protección de los derechos

de propiedad intelectual. En algunas ocasiones, el sistema tolera la industria falsificadora, incluso cuando el vínculo con el crimen organizado es evidente. El relativismo (o cinismo) en la aplicación de estas normas resalta el contraste entre las leyes y la apatía normativa. Los valores forman la base de las normas de una sociedad, pero en este caso no hay principios aparentes, lo que deja en evidencia el grado de desorganización social actual. Los *piratas* aprovechan esta situación para apropiarse de derechos intelectuales y perseguir sus objetivos lucrativos. Y no es que sea un problema que afecte sólo a los extranjeros. Al contrario: el 95% de los casos contra falsificadores de marcas son iniciados por empresas chinas, según datos oficiales.

**Los miembros más destacados de la emergente sociedad civil no son consumidores altruistas ni ONG al servicio de causas nobles, sino mafias locales, grupos de estudiantes ultranacionalistas, empresas piratas y sectas clandestinas**

El vacío en el terreno cultural también ha facilitado el establecimiento de una incipiente sociedad civil, es decir, de un espacio público paralelo pero al mismo tiempo separado del Estado. Pero sus miembros más destacados no son grupos de consumidores altruistas ni solidarias ONG al servicio de causas nobles y justas. Son mafias locales, grupos estudiantiles ultranacionalistas, empresas *piratas* y sectas clandestinas. Este fenómeno está ligado a la situación de anomia social. Por ejemplo, el ultranacionalismo cubre un vacío ontológico en situaciones de rápidos cambios sociales, donde la desintegración de las estructuras sociales da lugar a desorientación o pérdida de identidades. Esto explica por qué los ultranacionalistas han ganado protagonismo en los últimos tiempos, sobre todo entre las incipientes clases medias, como se hizo patente, por ejemplo, durante la violenta ola de protestas antijaponesas el año pasado, cuando los radicales tomaron las riendas de manifestaciones supuestamente "controladas". Las autoridades no tienen más remedio que tolerar este fenómeno porque el nacionalismo es ahora el único valor capaz de movilizar a la población. No obstante, a veces se ven obligadas a intervenir para moderar las pasiones. No hace mucho cancelaron el estreno de la película *Memorias de una geisha* por la violenta reacción de la sociedad civil en el ciberespacio del país asiático. ¡Varios *blogs* amenazaban a la diva china Zhang Ziyi por "dejarse besar" por un actor japonés!

El auge de la criminalidad también es otra manifestación de la creciente anomia, tanto en las ciudades como en las zonas rurales. Las mafias del tráfico de personas ofrecen un ejemplo de las ramificaciones globales del problema. Sus capos, llamados "cabezas de serpiente" (*shetou*), operan en diversas provincias, sobre todo en Zhejiang y Fujian, desde donde organizan sus operaciones internacionales. La abundancia de personas dispuestas a emprender el peligroso trayecto como polizones en barcos de carga destinados a Europa alimenta sus actividades delictivas.

Para los inmigrantes chinos que llegan a Europa, el cambio radical de contexto cultural, así como la existencia de fuertes lazos comunitarios con gente de su propia ciudad o pueblo, que a menudo ni siquiera hablan bien el *putonghua* (mandarín), significa que la situación de anomia, lejos de solucionarse, adquiere una dimensión adicional, complicando aún más las nociones de identidad de las nuevas diásporas chinas.





**Retablo de los nuevos valores**

**chinos:** (de izquierda a derecha, y de arriba abajo) una pareja se besa en plena calle el día de los enamorados en Shanghai, en febrero; ciudadanos chinos se manifiestan contra Japón por la forma en que el archipiélago interpreta la historia y la guerra entre ambos países, en abril de 2005, en Pekín; la *megaestrella* china Zhang Ziyi y el japonés Ken Watanabe, en un fotograma de *Memorias de una geisha*; mujeres católicas rezan en la iglesia de

## OLIMPIADAS IDEOLÓGICAS

Los desequilibrios sociales en esta época de profundos cambios inquietan a las autoridades, cuya legitimidad radica tanto en lograr el crecimiento económico como en garantizar el orden público. Pekín teme que la cadena de mando administrativa, de la que depende para gobernar este inmenso país, esté debilitándose debido a la corrupción de los funcionarios locales, el abuso de poder y el clientelismo que les une a los empresarios y mafias. Quieren socializar a éstas y otras fuerzas centrífugas (población flotante, crimen organizado...); es decir, crear mecanismos de integración social y política a través de la internalización de valores comunes. Pero, dada la escasez de estos principios, el partido se ve obligado a desarrollar nuevas recetas ideológicas. De sus laboratorios surgen varios planteamientos: las "tres representaciones", una fórmula patrocinada por el ex secretario general del PCCh, Jiang Zemin, para justificar la integración de los nuevos ricos en el partido, o programas "retro" dedicados al estudio y difusión del marxismo, que, según el presidente Hu Jintao, "todavía está vigente en China". Hu incluso ha invocado al mismísimo Confucio al insistir en la creación de una "sociedad armoniosa". El confucianismo valora la idea de armonía social y además invita al individuo a obedecer al emperador, al menos si éste ejerce sus poderes de manera benevolente. El popurrí de ideas resultantes, algunas nuevas y otras conocidas, ilustra las dificultades a las que se enfrentan los dirigentes a la hora de crear nuevo contenido moral para el comunismo chino, monumental tarea que absorbe gran parte de sus energías.

Según las definiciones clásicas, hoy el *gigante asiático* sufre anomia aguda: no sólo las normas y su cumplimiento no se consideran importantes, sino que las reglas no están claramente establecidas ni existe consenso sobre cómo deben interpretarse. A falta de valores legítimos, las instituciones (la escuela, el Ejército, el Partido Comunista, los organismos de propaganda...) aseguran la conformidad y proporcionan la cohesión social necesaria para lograr la principal meta cultural: modernizarse y convertir a China en un país fuerte y respetado en el ámbito internacional. De hecho, la anomia y sus efectos (desorden social y conducta desviada como delincuencia, toxicomanía o gamberrismo) sirven al PCCh para justificar la necesidad del control social.



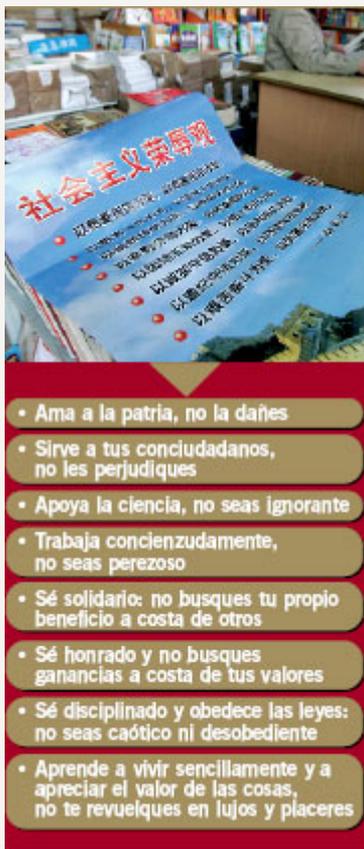




## Los ocho mandamientos de Hu

Ante la ola de corrupción oficial, la pérdida de valores, el creciente descontento social, y el debate sobre la naturaleza del socialismo, los dirigentes están intentando recuperar el rumbo ético y moral.

El presidente Hu Jintao, que desde su llegada al poder ha prestado bastante atención a estos problemas, ha decidido poner en marcha una serie de campañas de educación ética.



Durante la última sesión de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino, un órgano estatal de asesoramiento político donde se discuten anualmente asuntos de interés público, Hu presentó oficialmente el "concepto socialista de honor y deshonor", que ensalza ocho principios: el patriotismo, la dedicación en el trabajo, la frugalidad en el estilo de vida, la adopción de principios científicos, el deseo de servir al público, la solidaridad, la honradez y la observación de la ley. Los organismos de propaganda afirman que este concepto "conjuga perfectamente los valores tradicionales chinos con virtudes modernas". Estos mandamientos serán

tareas de estudio obligatorias para los más de setenta millones de miembros del partido, así como para los soldados del Ejército de Liberación Popular. Se prevé también incorporar

---

## ¿MANO DURA O MANO INVISIBLE?

No obstante, una sociedad regulada por normas que unen a los ciudadanos a través de valores comunes gozará de una base social más estable que otra fundamentada en la obediencia o la coerción como principios integradores. Las últimas iniciativas oficiales que hacen hincapié en la justicia social indican que el Gobierno quiere establecer un marco de reglas basado en una combinación de virtudes a la vez patrióticas y socialistas. Queda por ver si estos objetivos políticos se pueden traducir en un sistema de valores y si éstos serán compatibles con una sociedad en transición, donde los diferentes actores sociales ya no comparten el mismo espacio social y psicológico, como lo hicieron durante la época maoísta.

El cambio rápido, la anomia y la desintegración social son fenómenos naturales en sociedades en plena transformación. En Asia, países como Corea del Sur y Taiwan vivieron experiencias similares: pasaron rápidamente de sociedades militares a sociedades industriales. Al abandonar sus antiguos valores *marciales* tuvieron que crear un nuevo sistema basado en los principios de convivencia cívica.

Adoptar estos valores, sustentados en la defensa de las libertades del ciudadano dentro de un Estado de Derecho que garantice la justicia social y la igualdad de oportunidades que los dirigentes chinos hoy prometen sería la conclusión lógica para el Imperio del Centro, cuya sociedad es cada vez más plural. Estas ideas, además, serían congruentes con las reformas económicas efectuadas en los últimos años. Sin embargo, esta solución sería contraria a los intereses del partido, ya que, para realizar una transición completa, sería necesario reformar el sistema político. He ahí el dilema. Los dirigentes temen perder el control político, por lo que prefieren la seguridad de viejas fórmulas ideológicas. De ahí que Marx, Mao e incluso Confucio vuelvan a estar de moda. En su lucha por mantener la cohesión social, los dirigentes chinos prefieren el Gobierno de la "mano dura" al de la "mano invisible".

---

## [¿Algo más?]

La anomia como concepto sociológico nació de la mano de teóricos como Emile Durkheim, Talcott Parsons y Robert Merton, que se interesaban por el cambio social en las sociedades industriales. Para saber cómo sucedieron estos cambios en China conviene ver *Adiós a mi concubina*, del realizador Chen Kaige, que, aparte de ser una fascinante historia de amistad, amor y celos en tiempos turbulentos, ofrece un ejemplo de la destrucción de los valores tradicionales chinos durante la Revolución Cultural. En *Cisnes salvajes* (Círculo de Lectores, Barcelona, 1994), la escritora Jung Chang teje cuidadosamente una narrativa a la vez personal e histórica sobre los drásticos cambios en la nueva sociedad socialista basada en las experiencias de tres generaciones de mujeres en la China del siglo XX. En *Mr. China* (Constable and Robinson, Londres, 2004), Tim Clissold relata su experiencia personal en el turbio mundo de los negocios en la China de los años 90, donde el fondo de inversión de Wall Street que cogestionaba llegó a perder 400 millones de dólares (unos 330 millones de euros).

## Foreign Policy

Edición Española ha analizado el *gigante asiático* desde todos los aspectos posibles: 'Las desventuras de Tintín en China (diciembre/enero 2006); 'Las empresas chinas saltan la muralla' (diciembre/enero 2005); 'El ascenso de China (febrero/marzo 2005); China, la mayor audiencia del mundo' (abril/mayo 2004), y 'El poder blando de China' (agosto/septiembre 2005). Christopher Hughes escribe sobre el fenómeno ultranacionalista en Internet en 'Nationalism in Chinese Cyberspace' (*Cambridge Review of International Affairs*, primavera-verano, 2000), así como Paul Money en 'Internet Fans Flames of Chinese Nationalism', recientemente publicado en *YaleGlobal Online* ([www.yaleglobal.yale.edu/display.article?id=5516](http://www.yaleglobal.yale.edu/display.article?id=5516)).

Julio Arias es director de proyectos  
de comercio exterior en Pekín y colaborador habitual de FP

EDICIÓN

ESPAÑÓLA.

**Fecha de creación**

17 octubre, 2007